

## **Acuerdo número 2 de 1940**

(diciembre 3)

### **Por el cual se honra la memoria de un rosarista**

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en uso de sus facultades constitucionales, y considerando:

1º Que acaba de fallecer en esta ciudad el señor doctor don Luis Euclides Murcia, alumno y doctor de este Colegio, cuyo Claustro le contó en el número de sus Colegiales;

2º Que el señor doctor Murcia desempeñó por espacio de cuatro años el cargo de secretario auxiliar de este instituto, y en sus actuaciones dio siempre muestras de un vivo afecto hacia el Claustro de Fray Cristóbal de Torres,

### **ACUERDA:**

**Artículo primero.** El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario deplora el fallecimiento del señor doctor don Luis Euclides Murcia, como el de uno de sus mejores alumnos y colaboradores;

**Artículo segundo.** El Colegio toma a su cargo los gastos de clínica y los de funerales que se verificarán en la Capilla del Rosario, con toda la solemnidad de rigor;

**Artículo tercero.**—Este Acuerdo será publicado en la Revista del Rosario y transcrito a la familia del doctor Murcia.

Dado en Bogotá, a tres de diciembre de mil novecientos cuarenta.

El Rector,

**JOSE VICENTE CASTRO SILVA**

El Consiliario, **Antonio Gómez Restrepo**. El Consiliario, **Tomás Rueda Vargas**. El Consiliario, **Esteban Jaramillo**. El Secretario, **Víctor E. Caro**.

## Luis Euclides Murcia

Con rumbo a la eternidad, final destino del hombre, se ha ausentado de nosotros Luis Euclides Murcia. La gratitud a sus servicios y el afecto que nos ligó a él exigen que consagremos al ausente un adiós del corazón, un vale eterno que le lleve memoria de nosotros, navegantes todavía en este piélago agitado de tempestades y enlosado de escollos.

Todos tenemos gratos recuerdos suyos, y yo acaso mayores, por haber cultivado amistad por varios años con este compañero, tan estudioso como diligente, tan afable como caritativo. Estudiante distinguido fue Luis Euclides Murcia, y que sirvió al Rosario mucho tiempo y con sin par constancia. Sus dotes y virtudes le granjearon el aprecio de muchos y las distinciones de no pocos personajes. Justo en su conducta, se olvidaba de sí para acordarse sólo de los demás, por lo cual era ejemplar amigo, sin sombra de utilitarismo.

La nota principal de su carácter, forjado para lo grande en su cristiano hogar y en el Claustro ilustre de Fray Cristóbal, fue quizá el amor entrañable a los suyos, que en su mente ocuparon siempre el lugar primero y preferente. Notable fue también por la sencillez de su persona; y tanto, que acercarse a él era como llegar a apacible sombra o sentir un aire propicio de sinceridad. Su presencia y semblante eran espejo de sus cualidades de corazón y de espíritu, porque Murcia llevaba delante la nobleza y la cultura como nuncios de un gran señor y gentil caballero.

Sin exageración podrá pensarse que su muerte subitánea es desgracia grande para su familia y para sus amigos. Sus cualidades de orden intelectual y moral le atrajeron renombre en el Colegio, anuncio éste casi inequívoco que, desde los primeros años, va como preparando y pregonando el mérito posterior de hombres notables. Su instrucción esmerada, su talento juicioso, su experiencia admirable para sus años, su genio prudente y nivelado fueron causa de sus muchos aciertos y eran señales de brillante y honrosa carrera, que empezaba ya a desenvolverse por campos de sabiduría, de probidad y de patriotismo.

El Colegio del Rosario ha recogido en su Capilla el último aliento de este hijo suyo, rosarista cual ninguno, y la Bordadita.

ha enjugado con su manto real la postrer lágrima de tan cristiano varón. Feliz el que, como Murcia, tuvo la verdadera idea de la vida, que es ejercicio visible e invisible en el camino del bien. Porque ningún temor ha de sentir al presentarse ante la soberana majestad de la Divina Justicia este abogado del bien, que obedeció al deber todos los días y se conformó a la suprema ley de la virtud.

A reposo de inconsciente sueño nó, sino a descanso de bienaventuranza sin fin, ha pasado nuestro amigo Luis Euclides Murcia, cuya memoria de católico observante guardará para nosotros perenne y suave olor.

TOMAS LOMBO

---

## Breve evocación de Luis Euclides Murcia

Hablar de los que han muerto, fácil cosa, por lo general, parece. Sin embargo, en esta ocasión, aquello nos resulta difícil, además, y emocionante: lo uno y lo otro por tratarse, precisamente, de Luis Euclides Murcia Pinilla.

A pesar de todo, con la cabeza baja y con religiosa timidez, nos acercamos a su memoria inconfundible. Y que él nos perdone, si, en esta su hora de quietud interminable, llegamos, con nuestra sandalia profana, mas reverente, eso sí, a turbar su beatitud.

Aún parecen cautivar nuestra atención de niños los relatos que, en tiempo de vacaciones y en nuestra ciudad clara y callada, nos hacía del Rosario un colegial. Entonces, ponderado por una ligera y fácil fantasía, el Colegio, que así y sin más ribete se conoce en Ubaté, el Claustro Mayor, se nos presentaba a manera de monumento inmenso, con clarores y sombras de santuario y con aires de eternidad.

Sin duda, aquellos relatos ingenuos de la vida rosarista sonaban para nosotros con repique suave de afortunada invitación. Y fue por ello, por lo que desde entonces y desde allá, nos encariñamos al Rosario y admiramos a Murcia, que era el colegial.

Después, al llegar aquí, maravillados por la sencilla solemnidad del claustro y atraídos por los merecimientos del colegial.